

LAS RAZONES DE LA DEMOCRACIA: EL DISCURSO LIBERAL DE FRANCISCO I. MADERO Y LA DICTADURA DE PORFIRIO DÍAZ

IGNACIO DEL RÍO

Mediante el análisis del discurso contenido en el libro *La sucesión presidencial en 1910. El Partido Nacional Democrático*, de Francisco I. Madero, el autor de este artículo procura clarificar el liberalismo profesado por el prócer mexicano, a fin de comprender el sistema de ideas que en su momento resultó más cáustico para la imagen pública y las justificaciones ideológicas del régimen porfirista. Además de identificar algunas de las nociones básicas del discurso de Madero, el autor discute el problema de la eficacia política que dicho discurso pudo tener una vez que quedó elaborado y empleado a ser difundido.

Palabras clave: liberalismo, liberal, democracia, política, dictadura, Revolución Mexicana, Francisco I. Madero, Porfirio Díaz, sucesión presidencial, discurso político, ideología política, Partido Nacional Democrático, antireeleccionismo.

By the analysis of the discourse contained in Francisco I. Madero's book *La sucesión presidencial en 1910. El Partido Nacional Democrático*, the author of this article tries to clarify the liberalism of that Mexican revolutionary leader and to understand the system of ideas that has the most caustic effects on the public image and the ideological justifications of the Porfirian regime. Besides identifying the basic notions of Madero's discourse, the author discusses the problem of the political efficacy of that discourse when it was published and started to spread.

Key words: liberalism, liberal, democracy, politics, dictatorship, Mexican Revolution, Francisco I. Madero, Porfirio Díaz, presidential succession, political discourse, political ideology, Democratic National Party, non-reelectionism.

Introducción

Texto fundamental para estudiar el pensamiento político de Francisco I. Madero es su libro *La sucesión presidencial en 1910. El Partido Nacional Democrático*. No sabemos a ciencia cierta cómo se gestó en el coahuilense la idea de escribirlo,¹ pero es obvio que el apremio

Ignacio del Río, mexicano, es doctor en Historia por la UNAM. Es investigador en el Instituto de Investigaciones Históricas de la misma universidad. Se ha especializado en el estudio de la historia del norte de México. Es autor, entre otras obras, de *Conquista y aculturación en la California jesuítica (1679-1767)*; *A la diestra mano de las Indias. Descubrimiento y ocupación colonial de la Baja California y La aplicación regional de las reformas borbónicas en Nueva España: Sonora y Sinaloa, 1768-1787*. Su dirección electrónica es <iderich@servidor.unam.mx>.

¹Stanley R. Ross considera que Madero empezó a escribir su libro hacia el mes de abril de 1908, poco después de que se diera a conocer públicamente la entrevista Díaz-Creelman.

decisivo para emprender la redacción del texto se originó en la percepción que tuvo Madero de la coyuntura política nacional del año de 1908 y, a no dudarlo, en el convencimiento suyo de que, por un inexcusable deber patriótico, estaba obligado a manifestar públicamente sus ideas.

Desde las primeras páginas del libro se hace evidente que Madero lo redactó en la convicción de que sus puntos de vista sobre el régimen de Porfirio Díaz eran enteramente congruentes con la experiencia y la razón históricas y, en consecuencia, debían ser en buena lid inobjetable. Al autor habría que reconocerle por lo menos la sinceridad, el ánimo de expresar sin reticencias aquello de lo que estaba profundamente convencido. Tendríamos también que admitir que la apresurada impresión del libro en el mes de diciembre de 1908² es de suyo una prueba de la confianza que tuvo Madero en que sus razones y sus pronunciamientos contribuirían a despertar la conciencia política de muchos mexicanos en un momento que él consideraba que habría de ser decisivo para el futuro del país.

La sucesión presidencial... es, pues, un libro que expresa certidumbres y, precisamente por ello, es un libro revelador. Las deficiencias de diverso orden que puedan atribuírsele como obra doctrinaria, sus defectos formales y aun sus insoslayables contradicciones no disminuyen en modo alguno su importancia como testimonio histórico que exhibe aspectos cardinales de esa peculiar expresión del pensamiento liberal, la de Madero, bajo cuya vigencia se inició el movimiento armado que derrocó al presidente Díaz.

Ese libro, que a lo largo del tiempo ha sido objeto de juicios muy diversos y encontrados, será en este trabajo nuestro objeto de análisis.³ Más que examinar exhaustivamente las múltiples facetas de su

Vid. Stanley R. Ross, *Francisco I. Madero, apóstol de la democracia mexicana*, versión española de Edelberto Torres, México, Grijalbo, 1959, p. 56-57.

² Madero había pactado con el impresor Serafín Alvarado, de San Pedro de las Colonias, que el libro quedara impreso el 27 de diciembre de 1908, pero por dilaciones que hubo en el proceso de impresión los primeros ejemplares, ya encuadernados, no estuvieron listos sino hasta el mes de enero del año siguiente. El 25 de diciembre de 1908, Madero le notificaba a Francisco de Paula Sentíes: "mi libro... saldrá en la primera quincena de enero, pues ya está para terminarse y sólo espero que me lo encuadernen y tener todo listo para repartirlo". *Carta de Francisco I. Madero a Francisco de P. Sentíes*: San Pedro, Coahuila, 25 diciembre 1908, publicada en *Archivo de don Francisco I. Madero*, 3 v., ed. de Catalina Sierra, introd. de Agustín Yáñez, México, Secretaría de Hacienda, 1960, v. II, p. 273.

³ Las citas que se hacen en el presente trabajo corresponden a la siguiente edición del libro: Francisco I. Madero, *La sucesión presidencial en 1910*, ed. facsimilar, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1986, [8] 360 p. Es ésta una

contenido nos propusimos beneficiar aquí uno solo de sus ricos filones: el de las ideas liberales del autor, enraizadas sin duda en el liberalismo clásico decimonónico, pero reelaboradas y redimensionadas por Madero de una manera original y, para su momento histórico, políticamente pertinente.⁴ De las páginas del referido libro hemos procurado extraer elementos que nos permitan clarificar el liberalismo profesado por el autor y comprender así, en el nivel de los contenidos específicos y en el de su integración discursiva, el sistema de ideas que a la postre resultó más cáustico para la imagen pública y para las habituales justificaciones ideológicas del régimen porfirista. Además de identificar aquí algunos de los ideogramas básicos del discurso contenido en el libro de Madero hemos de discutir brevemente, en los últimos dos apartados, el problema de la eficacia política que dicho discurso pudo tener una vez que quedó elaborado y empezó a ser difundido. Cuidándonos de no desbordar la temática anunciada en el título del artículo, no dejamos de considerar que las ideas políticas sólo pueden ser cabalmente explicadas en el contexto histórico en el que surgen y en el que eventualmente operan.⁵

La categoría de la libertad

Si se lee cuidadosamente el texto de Madero no es difícil advertir que, para el autor, la libertad es una especie de atributo esencial de

edición facsimilar de la primera edición, en cuya portada se consigna que fue hecha en San Pedro, Coahuila, en diciembre de 1908. Cabe señalar que en aquella, su primera edición, la obra lleva el subtítulo de *El Partido Nacional Democrático*, que inexplicablemente fue suprimido en la edición del INEHRM.

⁴ Demos por sentado que el liberalismo de Madero integra una serie de nociones, creencias y actitudes que estuvieron presentes en la tradición liberal mexicana del siglo XIX, así que, en cuanto a ciertos contenidos, el pensamiento político del coahuilense tiene precedentes que no pueden ser negados, pero que tampoco podríamos examinar aquí sin romper la estructura y el equilibrio temático de este trabajo. Conviene anticipar, sin embargo, que lo que resulta en alto grado original en Madero es la manera como articula él aquellos elementos ideológicos tradicionales para formar un discurso de fuerte impugnación al régimen, que es lo que procuraremos mostrar en este artículo. Sobre el desarrollo del liberalismo mexicano en la segunda mitad del siglo XIX son de muy recomendable lectura los siguientes trabajos: Charles A. Hale, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, trad. de Purificación Jiménez, México, Vuelta, 1991, 456 p., y Alan Knight, "El liberalismo mexicano desde la Reforma hasta la Revolución (una interpretación)", *Historia Mexicana* 137, v. XXXV, n. 1, julio-septiembre 1985, p. 59-91.

⁵ Este punto de vista es coincidente con el que Charles A. Hale expresa en estos términos: "En resumen, este libro está guiado por la convicción de que el estudio crítico de las

la persona humana, una cualidad intrínseca cuya mengua o pérdida obran indefectiblemente en menoscabo de la realización plena del hombre. Puede esta idea percibirse claramente, por ejemplo, cuando señala el autor que la prensa independiente ha iniciado una lucha por la reivindicación democrática, “a fin de dignificar al mexicano, de elevarlo de nivel, de hacerle ascender de la categoría de súbdito, a que prácticamente está reducido, a la de hombre libre”.⁶ Según queda implicado en las líneas transcritas, para Madero la dictadura que se ha impuesto en el país ha rebajado al mexicano en su calidad moral; lo ha rebajado en tal grado que se hace necesario dignificarlo, elevarlo de nueva cuenta a la categoría de “hombre libre”. En otras palabras: ser libre se postula como una condición moral superior, en tanto que no serlo se supone un estado de verdadera degradación de la naturaleza humana.

En este supuesto de carácter ético que acabamos de señalar sustenta Madero toda su elaboración ideológico-política. Del estado de libertad individual hace derivar las más variadas consecuencias para el conglomerado social, todas de signo positivo, claro está. Según expresa afirmación suya, es la libertad la que hace posible la existencia del patriotismo, el disfrute de la propiedad y la satisfacción de las ambiciones más nobles que puedan alimentarse en el ámbito republicano.⁷ Así como afirma categóricamente que “el mejor medio de consolidar el progreso de una nación es darle libertad”,⁸ está totalmente persuadido de que a “los pueblos que abdican de sus libertades parece que la fatalidad los persigue”.⁹ Con la idea de que la libertad es connatural al ser humano, Madero cree ver en la historia la confirmación de que el aniquilamiento de la libertad “ha sido la causa de la ruina de los más grandes imperios”, mientras que al amparo de ella “los pueblos han llegado a [un] gran desarrollo, a un nivel muy superior [al] de los pueblos esclavos”.¹⁰

Habida cuenta de estas ideas básicas no es de extrañar que Madero juzgue que la Constitución de 1857 había sido una clara mani-

ideas en su contexto histórico y comparativo correcto puede ayudar a comprender el proceso político mexicano”. Ch. A. Hale, *La transformación...*, p. 41-42.

⁶ F. I. Madero, *La sucesión presidencial...*, p. 3.

⁷ *Ibid.*, p. 161.

⁸ *Ibid.*, p. 177.

⁹ *Ibid.*, p. 141.

¹⁰ *Ibid.*, p. 163.

festación de sabiduría política.¹¹ Desde la perspectiva de su ideología liberal, nada podía ser más fecundo en bienes para una nación que el que sus integrantes ejercieran sin estorbo alguno la libertad de pensar, de manifestarse, de actuar en favor del interés público; consecuentemente, ninguna ley habría de ser más legítima y benéfica que la que consagrara y protegiera la necesaria libertad de los individuos, así como ningún acto del poder público podría ser más espurio que el que burlara de cualquier modo esa ley. Es enteramente consecuente con estas ideas el que el autor dedique su libro a los hombres “que nos legaron un código de leyes tan sabias”, a la prensa independiente que, “tremolando la bandera constitucional, ha protestado contra todos los abusos del poder” y, por último, a todos los mexicanos que “noblemente enlazan” la idea de patria “con la de libertad”.¹²

Conviene aclarar aquí que la libertad no es para Madero alguna suerte de estado beatífico del que emanarían prodigiosamente todas las venturas; por lo contrario, en el contexto de su pensamiento la libertad es una manera de actuar, de conducirse en las funciones que interesan a la sociedad entera; sólo se da como ejercicio o, para precisar más, como ejercicio político. De ahí que su manifestación sea invariablemente la democracia y su negación sea el absolutismo, la dictadura.

En las distintas referencias que Madero hace a la participación del individuo en las actividades económicas queda asimismo patentizada la importancia que él concede al hecho de que una sociedad se desarrolle dentro de un marco jurídico-político que garantice la libertad de los ciudadanos, y siempre que ese marco sea respetado por quienes ejercen el poder público: sólo en esa situación es posible que los intereses individuales se conjuguen de forma y modo que de ellos surja el interés colectivo. Para el coahuilense, ocuparse —si se es propietario— únicamente en los negocios particulares, sin obrar en función de un más amplio interés social, es algo “enteramente banal, estéril en absoluto”.¹³ No es que repruebe en sí mis-

¹¹ Respecto de la Constitución dice, por ejemplo, que es “un código de leyes tan sabias que constituyen uno de nuestros más legítimos timbres de gloria” (*ibid.*, p. 1). En otra parte de su texto afirma que es “una de las constituciones más sabias y liberales del mundo” (*ibid.*, p. 60).

¹² *Ibid.*, p. 1-3.

¹³ *Ibid.*, p. 5.

mas las actividades económicas de carácter individual o que las suponga necesariamente superfluas; lo que señala como negativo es que esas actividades se realicen bajo el solo impulso de intereses egoístas, de ambiciones puramente materiales. Aun cuando sea generalizado, el enriquecimiento individual no es, en opinión de Madero, equivalente al progreso y engrandecimiento de la patria, pues, según él, para que exista un auténtico progreso nacional es preciso que la prosperidad material se produzca en el ámbito de la libertad política, ya que ésta es el resorte de la equidad.¹⁴

Aun cuando el ejercicio de la libertad ciudadana impulsa el progreso general de una nación, incluido el progreso económico; esto es, aun cuando la economía, tanto en su vertiente pública como en la privada, puede beneficiarse con el ejercicio político libre, éste es postulado por Madero como una actividad desinteresada, que le corresponde al hombre practicar por el solo hecho de ser hombre. Cuando el autor, en alguna parte de su libro, fustiga a los militares que se han ostentado como “salvadores” de la patria para después buscar una compensación a “sus servicios”,¹⁵ lo que está postulando *contra-rio sensu* es el desinterés absoluto con que a juicio suyo ha de emprenderse toda actividad política cuando de veras es ésta patriótica.

Con este postulado se aparta Madero de la vertiente individualista del liberalismo clásico. Y, en cuanto viene al caso, ratifica esa postura que implica de su parte, más que una definición, un sentido reclamo a los que han abdicado del “deber patriótico”. El patriotismo, ese sentimiento de identidad que cohesiona a los habitantes de un país, es para Madero, según lo apuntamos antes, uno de los frutos de la libertad, de la democracia. Lo concibe como un sentimiento alentado por el ideal, inaccesible para quienes son movidos exclusivamente por un espíritu de lucro. Para esos individuos que sólo buscan la utilidad material, que tienen como máxima virtud la de “ser prácticos”, sentencia Madero, la patria es sólo “un mito”, “una cosa inmaterial” que no los conmueve porque es “intangibles” ni es objeto de su interés “porque no produce nada”.¹⁶ Con esto,

¹⁴ Tal sentido tiene, entre otros muchos, el siguiente párrafo: “las ambiciones [materiales son las únicas] que quedan cuando se ha matado en los ciudadanos la noble ambición de trabajar por el progreso y el engrandecimiento de su patria, y sólo se les ha dejado y se les ha fomentado la de enriquecerse, la de disfrutar de todos los placeres materiales” (*ibid.*, p. 17).

¹⁵ *Ibid.*, p. 47.

¹⁶ *Ibid.*, p. 237.

como es claro, quiere reivindicar el patriotismo como el más noble y genuino sentimiento comunitario y hacer de él una bandera que sólo puedan enarbolar legítimamente los demócratas militantes.

Se persuade Madero de que la expresión política de la libertad, la democracia, es algo así como un motor que pone en marcha una serie de mecanismos de equilibrio, tanto en el orden político mismo como en los campos de lo social y lo económico. La idea de que es con la democracia como verdaderamente se alcanza la armonía de los componentes sociales no la expone Madero directamente sino a través de un escrito del barón de Montesquieu, que el autor de *La sucesión presidencial...* cita y obviamente suscribe. En ese texto que Madero hace suyo afirma el pensador francés que la unión verdadera de un cuerpo político es aquella “que hace que todas las partes, por más opuestas que parezcan, concurren al bien general de la sociedad, como las disonancias de la música concurren al acorde total”. Del logro de tal unidad armónica, agrega Montesquieu, resulta la felicidad común, que es en rigor “la paz verdadera”; pero aclara que eso no se da, no puede darse en los regímenes despóticos, donde la unión del cuerpo político es “engañosa”, ya que bajo tales regímenes “siempre existe una división real: el labrador, el guerrero, el negociante, el magistrado, el noble, no están unidos sino porque unos oprimen a los otros sin resistencia”.¹⁷ Seguiríase de esto que la opresión es el vínculo social propio del despotismo, mientras que la armonía es el de la democracia. Aquella constriñe las potencialidades sociales; ésta hace que se manifiesten a plenitud.

Es tal la virtud que Madero concede a la democracia que la supone una condición *sine qua non* para poder acceder a los niveles superiores de la sabiduría política; sólo en función de las prácticas democráticas, asevera, puede el pensamiento elevarse “a las alturas donde se encuentra la clarividencia necesaria para discurrir sobre los negocios públicos”.¹⁸ No es, pues, sino el respeto cabal a la voluntad pública lo que hace posible un buen gobierno; el despotismo, en cambio, anula indefectiblemente la posibilidad de gobernar con acierto. Como déspota que es, declara insistentemente Madero, el presidente Díaz no puede ser un buen gobernante ni podría ya

¹⁷ *Ibid.*, p. 152.

¹⁸ *Ibid.*, p. 17.

hacer un mayor servicio al país que el de abandonar el poder al que se ha aferrado.

El poder corruptor de la dictadura

Los principios ideológicos que hasta aquí hemos expuesto adquieren en el libro de Madero un sentido político muy concreto por el hecho de que en dicho libro el régimen de Díaz es caracterizado lisa y llanamente como una dictadura. Pero Madero lleva adelante su discurso en el afán de develar, por un lado, los procedimientos que le han permitido al dictador afirmarse como tal y, por el otro, de argüir en favor de la posibilidad de neutralizarlos para allanar así el camino hacia la democracia. Los mismos principios que él maneja se vuelven condicionantes lógicos de uno y otro propósitos: si la libertad es un rasgo definitorio del hombre, si es de suyo tan fecunda, si todos los miembros de la sociedad pueden tan cabalmente beneficiarse de ella, ¿cómo se puede explicar que en México esa libertad haya desaparecido casi por completo, que la dictadura se ejerza prácticamente sin oposición, que el pueblo se haya conformado con la pasividad y la indolencia políticas? Madero se hace cargo de este problema y lo resuelve asignando al régimen de Díaz una corruptora influencia sobre la ciudadanía del país. Considera, es cierto, que se trata de una dictadura moderada,¹⁹ pero que no es por ello menos avasalladora. Obsesionado por conservarse en el poder, Díaz gobierna con esa mira y se muestra dispuesto a hacer “a la nación el mayor bien que le sea posible, siempre que sea compatible con su reelección indefinida”.²⁰ El bien, pues, que el viejo caudillo ha podido hacer a sus gobernados tiene, según el coahuilense, ese infranqueable límite y encubre ese oscuro propósito.

No niega Madero que durante la ya larga administración porfirista se haya “multiplicado prodigiosamente la riqueza nacional”, bien que al costo de que gravite “sobre la nación una deuda enorme”,²¹ pero afirma que, mientras que se advierte que “toda la nación piensa en su progreso económico y olvida por completo la funesta

¹⁹ *Ibid.*, p. 139.

²⁰ *Ibid.*, p. 119. Reitera la idea y aun la frase en las p. 184, 221 y 226.

²¹ *Ibid.*, p. 143-144.

costumbre de las revoluciones”, el dictador no trata sino de mantener a toda costa su opresivo poder, confiado en que dispone para ello de una eficiente y cada vez mayor fuerza militar.²² El balance que puede hacerse de lo que ha conseguido el gobierno dictatorial, aun reconociendo que el país ha vivido en paz y ha experimentado un evidente desarrollo económico, no resulta, en opinión de Madero, en modo alguno favorable para la nación mexicana. La dictadura, dice,

nos presenta en su abono el gran desarrollo de la riqueza pública, la extensión considerable que ha dado a las vías ferrocarrileras, la apertura de magníficos puertos, la construcción de espléndidos palacios, el embellecimiento de nuestras grandes ciudades, principalmente de la capital de la República, y, sobre todo eso, como la hada bienhechora de tanta maravilla, la paz que hemos disfrutado por más de treinta años y que, según parece, ha echado hondas raíces en nuestro suelo.

En cambio —añade—, el actual régimen de gobierno nos presenta un pasivo aterrador, pues ha acabado con las libertades públicas, ha hollado la Constitución, ha desprestigiado la ley, que ya nadie procura cumplir sino evadir o atormentar a sus fines particulares, y, por último, ha terminado con el civismo de los ciudadanos.²³

Como se ve, para Madero lo que en el campo de la economía es espectacular desarrollo, en el de la vida cívica es rotundo retroceso. Esto lo explica como resultado de una amañada política que consistió en apartar a la ciudadanía de las cuestiones de interés público mediante el señuelo de la prosperidad económica, pues, dice, lo que Díaz procuró hacer desde que se consolidó en el poder fue impulsar “el desarrollo material para aturdir los espíritus” y hacer con ello más factible la subsistencia de su dictadura.²⁴ Abundando en esta idea sostiene Madero que de una manera deliberada el dictador derramó riquezas “a manos llenas” para comprometer a los que resultaban beneficiados y aumentar así “los intereses creados a su sombra”.²⁵ De esa suerte, entre los ciudadanos privilegiados del país se fomentó un interés exclusivo por los bienes materiales y, mientras que los más de ellos “pensaron en enriquecerse, poquísimos se

²² *Ibid.*, p. 145.

²³ *Ibid.*, p. 230-231.

²⁴ *Ibid.*, p. 121.

²⁵ *Ibid.*, p. 144.

preocupaban de sus derechos políticos”.²⁶ El progreso continuado consumó la obra de aniquilamiento cívico:

La nación —escribe Madero—, adormecida con el ruido de los silbatos del vapor, fuerza propulsora de la industria; deslumbrada con las múltiples y admirables aplicaciones de la electricidad; ocupada por completo en su desarrollo económico, fiada en la palabra de su caudillo, no volvió a ocuparse de la cosa pública.²⁷

En la clara evidencia del desarrollo económico ve, pues, Madero una situación que favorece a la dictadura en la misma medida en que representa un grave obstáculo para la democracia. La eficacia del halago económico como elemento de corrupción del espíritu cívico tiende a ser incontrastable, según Madero, toda vez que con ello se logra ocultar el auténtico rostro de la tiranía; dictaduras como la de Díaz, se lee en el libro que comentamos, minan “la causa de la libertad” pues en ellas “los espíritus se ven oprimidos suavemente por una mano que los acaricia, por una mano pródiga en bienes materiales”.²⁸ Si al fin y al cabo algo puede ser capaz de resistir o revertir tal enajenación ese algo es la asunción plena de la responsabilidad ciudadana, a cuyo estímulo está precisamente encaminado el libro de Madero: sólo una profunda convicción patriótica, discurre él en su texto, puede poner al individuo a cubierto de ese poderoso influjo corruptor que ha tenido la política de Díaz. Y, más como prueba fehaciente de ello que como autoexaltación, ejemplifica con su propio caso:

yo me afiliara resueltamente en las banderas del porfirismo si sólo buscara la satisfacción de mezquinas ambiciones, si sólo me contentara con vivir para mí, si no me preocupara, más que mi propia tranquilidad y la prosperidad de mis negocios, el porvenir y el progreso de mi patria.²⁹

A propósito de esta referencia cabe manifestar aquí la sospecha de una vocación mesiánica en el hombre que, efectivamente, iba a poner en riesgo sus intereses económicos personales y aun fami-

²⁶ *Ibid.*

²⁷ *Ibid.*

²⁸ *Ibid.*, p. 16.

²⁹ *Ibid.*, p. 24.

liares a consecuencia de la publicación de ese libro suyo que cuestionaba las proposiciones más cristalizadas de las ideologías oficialistas, que contradecía la idea de que la dictadura de Díaz tenía que ser buena porque había sido y era históricamente necesaria, que declaraba, en fin, totalmente falsas las proclamadas virtudes del régimen.³⁰

No esperaba Madero que un sacrificio personal bastara para fracturar la consistente dictadura. Tanto en *La sucesión presidencial...* como en su abundante correspondencia personal se ve con bastante claridad que una de sus mayores preocupaciones era entonces la de comprometer con la causa democrática al mayor número posible de militantes.³¹ Se percataba de que las condiciones para un cambio sustantivo eran tan adversas que quienes se comprometieran en una lucha restauradora tenían que estar siempre preparados para ser objeto de las represalias del régimen y, encima de ello, sufrir la incomprensión de aquellos mismos en cuyo favor pretendieran actuar. Declara Madero en el libro de referencia que la falta de libertad ha atrofiado la capacidad crítica de los ciudadanos, de tal modo que el régimen puede perseguir a sus opositores en la seguridad de que casi no habrá quien censure su acción represiva; los “que hablan con la verdad —reconoce Madero— son considerados por el público como desequilibrados y por el gobierno como conspiradores”.³² Llega incluso a adjudicar al pueblo una culpa tan grave como la del dictador, por haberse mostrado débil ante los actos de fuerza de éste. En apoyo del cargo que hace, cita un lapidario pá-

³⁰ Advierte Madero que el régimen de Díaz no es de esas dictaduras francas, contra las que los pueblos unánimemente se rebelan hasta derrumbarlas, sino una dictadura que aparenta no serlo porque “hipócritamente” simula “respetar todas las leyes y apoyar todos sus actos en la Constitución” (*ibid.*, p. 16). Frente a este hecho, asume que es necesario oponer “la verdad” a la simulación, sin admitir la tesis oficialista de que el establecimiento de la democracia es el cometido histórico de la dictadura. Para Madero conceder en esto una tregua sería caer de nueva cuenta en el engaño del régimen: “Nosotros empleamos el [lenguaje] de la verdad y nuestros adversarios el convencional, tan en boga en estos tiempos en que todo el mundo sabe representar tan bien su papel. Con este motivo, desconfiamos... hasta lo referente al coronamiento de la obra del general Díaz, pues si por eso debemos entender que va a coronar su obra devolviéndonos nuestras libertades, no sabemos por qué no lo habrá empezado a hacer poco a poco, que será como no resentirá ningún trastorno la nación; en cambio, si por coronamiento de su obra debemos entender la implantación definitiva del centralismo y el absolutismo, entonces sí comprendemos muy bien, pero no estamos de acuerdo en que se lleve adelante tal coronamiento y nos opondremos a ello dentro de la ley hasta que nos alcancen nuestras fuerzas” (*ibid.*, p. 279-280).

³¹ Un gran número de las cartas escritas por Madero, en las que se advierte claramente esto que aquí afirmamos, se publican en *Archivo...*, v. II y III.

³² F. I. Madero, *La sucesión presidencial...*, p. 176.

rrafo de la obra de M. Beule, *El proceso de los césares*: “En los atentados contra los pueblos hay dos culpables: el que se atreve y los que permiten; el que emprende y los que permiten que se emprenda contra las leyes; el que usurpa y los que abdican”.³³

La viabilidad de la democracia

Parecería ser el de la situación mexicana, según la percibe y explica Madero, un callejón sin salida. Supuesto el propósito del dictador de perpetuarse en el poder, y habida cuenta de la postración de la inmensa mayoría del pueblo, de su abulia política, de la abdicación que había hecho de sus derechos fundamentales, el panorama de las perspectivas democráticas no debía antojarse halagüeño. Sin embargo, Madero no se dejó atrapar por la racionalidad de su propio discurso y alentó las más optimistas esperanzas de que las cosas habrían de cambiar a corto plazo. Se lee en las primeras páginas de su libro: “el árbol de la libertad se anuncia lozano y vigoroso, para muy pronto protegernos con su sombra bienhechora”.³⁴

Un punto que resulta del mayor interés en el discurso de Madero es aquél en el que el crítico acerbo del régimen de Díaz manifiesta sus más íntimas convicciones en el ánimo de retraer a sus lectores de un posible fatalismo y motivarlos para que asuman, más bien, una indeclinable confianza en el futuro triunfo de la democracia. Escribe él lo siguiente:

La primera parte de nuestro estudio, que ha consistido en escudriñar los hechos y sacar de ellos las deducciones necesarias, adolece forzosamente de un gran defecto y es que sólo nos hemos guiado por la inflexible razón, la cual sólo puede actuar en el terreno de los hechos...

Si no tuviéramos a nuestra disposición otro instrumento de investigación que nuestra fría razón, nuestro trabajo ya hubiera terminado. Habríamos encontrado el porvenir muy pavoroso, pero también habríamos encontrado que estábamos sin armas para combatirlo y tristemente tendríamos que resignarnos a ver perecer a nuestra patria querida.

Efectivamente, la razón nos revela las insuperables dificultades que existen para intentar en el terreno de la democracia una lucha fruc-

³³ *Ibid.*, p. 28.

³⁴ *Ibid.*, p. 3.

tuosa entre el pueblo adormecido, olvidado de sus derechos y sin fuerzas ni deseos para reconquistarlos, y el poder absoluto apoyado por el prestigio del general Díaz, por los innumerables miembros de su administración, por los inmensos recursos de que dispone, por los cuantiosísimos intereses creados a su sombra y, mezclado con todos esos poderosos elementos, el brillo siniestro de las bayonetas y las bocas de fuego listas a arrojar sus candentes proyectiles.

Al estudiar fríamente este problema no se encuentra más solución que la de cruzarse de brazos y esperar estoicamente el porvenir... Pero afortunadamente no es así. Tenemos a nuestra disposición otros medios de investigación que, penetrando más profundamente en el fondo de las cosas, nos harán encontrar fuerzas poderosas, elementos importantísimos de combate...

Esos medios, conocidos por todos los grandes hombres de la humanidad... [y que son los] que llamamos fe, intuición, inspiración, sentimiento, nos llevan a un terreno que la razón, por impotente, no puede abordar.

Esa fe es la que siempre ha inspirado los grandes sacrificios, las abnegaciones sublimes; pero no es esa fe ciega que no sabe lo que cree, sino la fe... de los que... han sabido descubrir los grandes destinos de los pueblos y han llegado a percibir la misteriosa mano de la Providencia, que solícita guía sus pasos.³⁵

No es ésta ya la expresión del ideólogo político, sino la del creyente. Ahí, en esa parte de su discurso, Madero da explícita cuenta de lo que a él lo mueve: la fe, que ha podido señalarle los caminos que la razón no alcanzaba a descubrir, y, en el fondo de su espíritu, el providencialismo asumido, la certeza de que una fuerza superior actuará a través de los hombres que sean o devengan creyentes en la democracia.³⁶

³⁵ *Ibid.*, p. 288-289.

³⁶ No es la de este párrafo la única referencia reveladora del providencialismo de Madero; por lo menos en otra parte del libro denuncia el autor el sustrato providencialista de su pensamiento: "recapitando sobre nuestro pasado —dice—, relejendo nuestra historia, encontramos episodios tan sorprendentes, acciones tan heroicas, mexicanos tan grandes, tan magnánimos que han aparecido en nuestro suelo nacional con tanta oportunidad para salvar a la patria que nos ha parecido percibir la mano de la Providencia que nos guía hacia nuestros grandes destinos" (*ibid.*, p. 287). Recién terminado de imprimir su libro, Madero le decía a su padre: "he sido el elegido por la Providencia para cumplir la noble misión de escribir este libro". *Carta de Francisco I. Madero a Francisco Madero*: San Pedro, Coahuila, 20 enero 1909, en *Archivo...*, v. II, p. 298. Ya en el terreno de la psicología personal, esta dimensión providencialista del pensamiento de Madero quizás explicaría la propensión de éste al mesianismo. Es bastante probable, por lo demás, que estas actitudes se hayan visto fuertemente estimuladas por las creencias espiritistas del coahuilense, de las que, por cierto, no se hace la menor referencia directa en *La sucesión presidencial...*

Podría decirse que, con declarar que en esos factores tan personales e imponderables cifraba sus expectativas respecto del futuro triunfo de la democracia, no hacía Madero sino exhibirse como un individuo iluso, aunque bienintencionado. Pero lo que no debería ser soslayado al considerar esas declaraciones es que implican ellas un abierto compromiso con el activismo político. De hecho, la parte medular del libro que examinamos es una especie de manifiesto en el que se lanza la iniciativa de integrar un partido nacional democrático que habría de tener por divisas las de “Libertad de sufragio-No reelección”.³⁷

De la argumentación que el autor ofrece en su libro resulta no sólo la necesidad de establecer en el país un régimen democrático, sino la de iniciar desde luego la lucha electoral, para lo que Madero juzga que es preciso organizarse sin demora y, sobre todo, hacerlo por iniciativa propia, al margen de los dictados oficiales, porque ha de tenerse claro que la democracia no se establecerá por efecto de la voluntad del régimen:

si lo que conviene al país es la alternabilidad de los funcionarios por medio de la implantación de las prácticas democráticas —escribe Madero—, entonces el papel de los ciudadanos independientes debe ser importantísimo, pues deben de organizar un partido que por sus tendencias será democrático, y procurar luchar valerosamente en la próxima campaña electoral contra el elemento oficial, pues de éste no podrá esperarse ningún esfuerzo en pro de la democracia.³⁸

Si la democracia es en todo tiempo necesaria, sostiene, la formación del partido que propone es a la sazón inaplazable porque existe el riesgo —recuérdese que escribe en el año de 1908— de que la dictadura se prolongue en vida de Díaz y aún después de la muerte del caudillo.³⁹ Concibe, en fin, Madero que la nación mexicana vive entonces el momento “histórico que más trascendencia tendrá para los destinos de la patria”, por lo que no puede sino reconocer-

³⁷ Esa parte programática del texto se encuentra en F. I. Madero, *La sucesión presidencial...*, p. 305-335. Cuando, más adelante, fuera fundado el partido que propugnaba Madero, a propuesta de José Vasconcelos el lema originario se sustituyó por el de “Sufragio efectivo. No reelección”. *Vid.* José Vasconcelos, *Ulises criollo*, México, Botas, 1935, p. 370.

³⁸ F. I. Madero, *La sucesión presidencial...*, p. 282.

³⁹ *Ibid.*, p. 300-301. Tiene claro Madero que el puesto de vicepresidente será de gran importancia en las elecciones de 1910, porque, dice, es “muy probable que [Díaz] no llegue con vida al año de 1916” (p. 147). Don Porfirio, como sabemos, murió en el exilio en 1915.

se que sobre los hombres de la generación a la que él pertenece “pesa una responsabilidad enorme”.⁴⁰

Que en el futuro llegaría a consolidarse en México la vida democrática no era de suyo un planteamiento contestatario, puesto que también se incluía expresamente en el discurso político oficial; pero lo que resultaba un abierto desafío al régimen era hablar de esa perspectiva para un futuro inmediato y, sobre todo, postular que la democracia sólo se implantaría en el país por efecto de la fuerza de un movimiento independiente.⁴¹

Sobre este punto tuvo Madero por necesario aclarar otras importantes cuestiones que, a su juicio, la dictadura había venido mistificando para desalentar las aspiraciones democráticas. Contra uno de los más socorridos argumentos del oficialismo denuncia él en su libro que “se ha calumniado al pueblo mexicano al decir que no está apto para la democracia”,⁴² cuando, en realidad, dice, “quien no lo está es el actual gobierno, cuyo poder dimana de la fuerza”.⁴³ Y aun en la hipótesis puramente especulativa de que el pueblo no estuviera todavía preparado para acceder a la democracia, cómo cabría esperar, pregunta Madero, que los mexicanos desarrollaran esa aptitud siendo así que sólo en la práctica es posible aprender a vivir democráticamente.⁴⁴ No considera, pues, que el obstáculo sea el pueblo mismo sino algo que es externo a él: el aparato de gobierno, la administración establecida, los instrumentos represivos del régimen. Por eso concibe que para implantar la democracia en el país es menester luchar contra lo que se le opone, fin al que él declara que va encaminado su libro:

⁴⁰ *Ibid.*, p. 318.

⁴¹ Escribió Madero: “comprendí que los que deseábamos un cambio en el sentido de que se respetara nuestra Constitución... nada debíamos esperar de arriba y no debíamos confiar sino en nuestros propios esfuerzos” (*ibid.*, p. 8-9). En este otro párrafo asegura que, bajo el régimen de Díaz, se ha llegado ya a una situación límite: “Nada difícil sería esperar unos cuantos años para hacer uso de nuestros derechos democráticos, si esto debiera suceder al abandonar este mundo el general Díaz...; pero ya hemos demostrado que es un error creer que las cosas pasarán de tal modo y que lo más probable es que se prolongue, y aun se agrave, el actual estado de cosas” (*ibid.*, p. 301).

⁴² A principios de 1908, Díaz había declarado, en la entrevista concedida al periodista norteamericano James Creelman, que el pueblo mexicano se encontraba ya apto para la democracia. Madero no hace referencia a esta declaración de Díaz, no porque no supiera de ella, sino porque, como muchos coetáneos suyos, seguramente la juzgó insincera.

⁴³ F. I. Madero, *La sucesión presidencial...*, p. 302.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 280.

Este anhelo [el de la democracia] que se siente por toda la república se ha manifestado en multitud de folletos, opúsculos, libros, periódicos nuevos que defienden con más o menos vigor la gran idea de que es indispensable que haya lucha electoral; este mismo libro obedece al mismo móvil...⁴⁵

Debe haber sido una realidad patente para Madero la de que sólo una pequeña minoría empeñaba sus afanes en la lucha que él proclamaba. Pese a su optimismo, no puede sino advertir en su libro que “la mayoría de la república está contenta con el actual estado de cosas” y que no cabe esperar que se yergan contra la dictadura sino los intelectuales pobres, “que no han sufrido la corruptora influencia de la riqueza”, así como la clase media y el “elemento seleccionado” de la clase obrera.⁴⁶ Tiene claro, pues, que pocos habrían de ser en un principio los promotores del movimiento libertario, pero confía en que ellos terminarán por activar el potencial democrático de la nación.⁴⁷ Por lo demás, se persuade, y quiere persuadir a los que estén dispuestos a escucharlo, de que, en los momentos cruciales en que la nación toda está en riesgo de quedar indefinidamente postrada, “hay que arrojar a la lucha resueltamente, sin contar el número ni apreciar la fuerza del enemigo”.⁴⁸

Tiene Madero para sí que las armas de la lucha en la que ha decidido participar han de ser las ideas, la palabra, la organización; el cauce, el que está marcado por la ley. Hasta el momento en que escribe su libro no piensa en la revolución como una posible vía para

⁴⁵ *Ibid.*, p. 318.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 240-241.

⁴⁷ Aunque Madero esperaba que las reivindicaciones democráticas se logran gracias al apoyo popular, pensaba que el liderazgo y la toma de decisiones estarían reservados para las personas convenientemente instruidas. Las siguientes expresiones son muy claras a este respecto: “El pueblo ignorante no tomará una parte directa en determinar quiénes han de ser los candidatos para los puestos públicos... Aun en países muy ilustrados no es el pueblo bajo el que determina quiénes han de llevar las riendas del gobierno. Generalmente los pueblos democráticos son dirigidos por los jefes de partido, que se reducen a un pequeño número de intelectuales. Éstos están constantemente pulsando la opinión pública a fin de adoptar en su programa lo que sea más adecuado para satisfacer las aspiraciones de la mayoría... Aquí en México no sería la masa analfabeta la que dirigiría al país sino el elemento intelectual” (*ibid.*, p. 296). Esta concepción elitista riñe obviamente con la continua exaltación que Madero hace del “pueblo” y revela que no estaba él desposeído de escrúpulos pequeñoburgueses. Por lo demás, el párrafo transcrito parece ser un mensaje para la gente que pudiera pensar que luchar contra el sistema establecido podría dar lugar a que cundiera el desorden en el país.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 29.

el movimiento democrático, sino como una grave amenaza.⁴⁹ Quizá por el temor de que pudiera llegarse a ese extremo, al final de su libro le pide al presidente Díaz que recapacite y que, aun si fuere su decisión reelegirse otra vez en 1910, admita ya, sin ningún subterfugio, el libre juego democrático para que la administración que encabeza se renueve en el sentido en que lo decida la voluntad del pueblo.

Una construcción ideológica alternativa

El libro de Madero se publicó por primera vez en el mes de enero de 1909 en San Pedro de las Colonias, Coahuila.⁵⁰ El tiraje fue en esa ocasión de 3 000 ejemplares, parte de los cuales fue distribuida directamente por el autor. Sabemos que, además de enviar su obra a editores y periodistas, Madero la hizo llegar a varios significados personajes de la política, entre ellos a los que hacían cabeza del grupo de los “científicos”. Al mismo presidente Díaz le remitió un ejemplar acompañado de una comunicación personal “larga y emotiva”, en la que le pedía definir su posición respecto de los problemas a los que el texto se refería.⁵¹ Que la segunda edición del libro haya aparecido hacia mediados del año de 1909 es un dato que hace suponer que la edición príncipe tuvo desde luego un buen número de demandantes o de simples receptores. Como quiera que haya sido, podemos estar seguros de que antes de un año ya había varios miles de ejemplares en circulación.

Al describir los empeños de Madero por distribuir ampliamente su obra, Daniel Cosío Villegas apunta que “entre recibir un libro y leerlo hay alguna distancia, y mayor todavía entre leerlo e impresionarse a tal punto con su contenido que el lector salga a la calle para lanzarse a una acción política”.⁵² Esta perogrullada del erudito

⁴⁹ En 1906 expresaba en una carta dirigida a su abuelo, Evaristo Madero: “en la actualidad creo que causa más mal al país una revolución que aguantar el mal gobierno que tenemos”, *Carta de Francisco I. Madero a Evaristo Madero*: [s.l.] 1 octubre 1906, en *Archivo...*, v. II, p. 173.

⁵⁰ Ya dijimos antes que, aunque el propósito de Madero era que el libro estuviera totalmente impreso en los últimos días de diciembre de 1908, el proceso de edición del mismo no se terminó sino hacia mediados de enero de 1909.

⁵¹ Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. El porfiriato. Vida política interior*, 3a. ed., 2 v., México/Buenos Aires, Hermes, 1993, v. II, p. 873. El texto de la carta que Madero dirigió al general Díaz, que fue fechada en San Pedro, Coahuila, el 2 de febrero de 1909, se publica en *Archivo...*, v. II, p. 316-318.

⁵² D. Cosío Villegas, *op. cit.*, v. II, p. 873.

historiador no necesariamente convalida la afirmación de que la publicación del texto de Madero no tuvo efecto alguno en la sociedad mexicana de aquel tiempo. Hace don Daniel un comentario sesgado cuando señala, respecto de esta cuestión, que el libro de Madero “nació con una mala suerte que... no lo ha abandonado”.⁵³ Más justo sería decir que, aun cuando sea de suponerse que algunos o muchos de los hombres de la época juzgaron en un principio que *La sucesión presidencial...* era un panfleto de la peor especie destinado a caer en el más pronto y completo olvido, el libro tuvo y aun conserva la virtud de ser de algún modo polémico y, por lo tanto, notable. El mismo Cosío Villegas admite que el libro “es en sí mismo extraordinario”, pero nada más en tanto testimonio de una postura política personal.⁵⁴

Por su parte, François-Xavier Guerra hace una apreciación similar, aunque sin el toque de reticencia de Cosío Villegas, pues dice el autor francés que el libro de Madero “es, efectivamente, un libro extraordinario, tanto por su forma como por su fondo”, ya que está escrito de una manera clara y simple, que lo hace accesible a cualquier posible lector, y sus propuestas resultaban, en su momento, políticamente pertinentes.⁵⁵

Es explicable que los políticos leales al régimen no se ocuparan en comentar públicamente el libro, por lo menos de manera inmediata. Lejos deben haber estado todos ellos de imaginarse que el autor, un provinciano hasta entonces casi desconocido, fuera capaz de suscitar adhesiones a sus propuestas. El caso es que ni uno de los funcionarios de primera línea o de los individuos que ostentaban cargos de representación popular pareció reaccionar ante lo que seguramente se consideró en los círculos oficiales como un escrito torpe y ofensivo. Al paso del tiempo, algunos de esos políticos se refirieron expresamente al asunto. Ricardo García Granados, que había sido senador de la República, hizo, años más tarde, el siguiente juicio sobre el libro de Madero:

Del conjunto de la obra se puede afirmar que hace honor al patriotismo, valor civil y sentimientos liberales y humanitarios del autor, pero

⁵³ *Ibid.*, v. II, p. 874.

⁵⁴ *Ibid.*, v. II, p. 875.

⁵⁵ François-Xavier Guerra, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, 2 v., trad. de Sergio Fernández Bravo, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, v. II, p. 129.

que, por lo demás, constituye un estudio superficial, a veces contradictorio, basado en datos no todos exactos, así como en preocupaciones vulgares, dictadas en gran parte por un patriotismo estrecho y mal entendido...; las deducciones no son por lo general muy convincentes, ni tampoco las frases de relumbrón, que aparecen más bien destinadas para atraer a las personas poco reflexivas o de escasa ilustración...⁵⁶

Asegura García Granados que durante los primeros meses el libro no llegó a influir en la opinión pública, pese a “que contenía una crítica de los actos y política del gobierno tan dura y tan franca como nadie se había atrevido a hacer hasta entonces”; pero dice también que, a la postre, la obra tuvo un “extraordinario éxito”, aunque no por sus cualidades intrínsecas, sino porque cobró valor por efecto de la equivocada manera en que el régimen de Díaz actuó frente a los movimientos opositoristas.⁵⁷ Menciona este mismo autor que, cuando Madero empezó a perfilarse ya como un activista político, no faltaron quienes, considerando su origen provinciano y su falta de antecedentes intelectuales, dudaran de que fuera él en realidad el autor del libro que corría con su nombre.⁵⁸ Es esta referencia indicio de que, por lo menos entre la gente con la que se codeaba el senador, no se le negaba absolutamente mérito al constatarlo escrito de Madero.⁵⁹

Otro testimonio tardío que podemos citar es el de Francisco Bulnes, diputado durante los últimos años del porfirismo, quien, aunque con aquel conocido estilo suyo fulminó: “al libro del apóstol de la anarquía hay que calificarlo de mamarracho jacobino de lo más vulgar”, quedó convencido de que, como denuncia, el texto de Madero resultó más efectivo que cualquier otro escrito opositorista que se hubiera hecho hasta entonces, aparte de que “sirvió para devolver al vulgo la confianza... de que ya el pueblo estaba apto para la democracia”.⁶⁰

⁵⁶ Ricardo García Granados, *Historia de México, desde la restauración de la República en 1867 hasta la caída de Huerta*, 2 v., México, Jus, 1956, v. II, p. 56.

⁵⁷ *Ibid.*, v. II, p. 58-59; *vid.* también p. 47.

⁵⁸ *Ibid.*, v. II, p. 56.

⁵⁹ En un principio, cuando Madero empezó a mostrar los primeros pliegos de su libro, aun entre sus familiares se llegó a poner en duda que él fuera el único autor del texto que estaba en prensas. Tanto fue así que Madero consideró necesario hacerle a su abuelo Evaristo la siguiente aclaración: “Absolutamente nadie me ha ayudado a escribir mi libro, y son raros los párrafos que he llegado a reformar por indicación de algún amigo mío”. *Carta de Francisco I. Madero a Evaristo Madero*: San Pedro, Coahuila, 7 enero 1909, en *Archivo...*, v. II, p. 286.

⁶⁰ Francisco Bulnes, *El verdadero Díaz y la revolución*, México, Edinal, 1960, p. 390-391.

No es improbable que, como lo afirmaba Bulnes, el mensaje democrático de Madero haya sido acogido con fervor por individuos o grupos de origen popular. Héctor Aguilar Camín refiere que doscientos ejemplares de *La sucesión presidencial...* fueron solicitados por un grupo de agricultores inconformes de Navojoa, Sonora, y que uno de los líderes del grupo, el futuro jefe revolucionario Benjamín Hill, expresó, después de leer la obra de Madero, que era ésta “un resplandor de democracia en forma de libro”.⁶¹ Con un interés igual al de estos sonorenses, el administrador y los trabajadores de una hacienda de Zacatecas solían reunirse para examinar el texto de Madero, según lo consigna François-Xavier Guerra.⁶² Seguramente se podrían documentar otros casos como estos que acabamos de referir, que pueden tenerse como indicativos de la existencia de un fenómeno que debió irse dando poco a poco en el país: el del lector anónimo y receptivo.

Por supuesto que el lector de ese tipo habría de pasar inadvertido, sobre todo en los primeros momentos, así que no debe extrañar que algunos observadores pensaran que el libro no lograba convencer a nadie y que, fundados en esta impresión, atribuyeran al “pueblo” las que en realidad eran reacciones individuales. Toribio Esquivel Obregón, que militaba en las filas del antirreeleccionismo, llegó a decirle por carta al propio Madero que “el pueblo sensato” rechazaba las consideraciones y propuestas que se hacían en *La sucesión presidencial...*⁶³

François-Xavier Guerra hace una pertinente distinción: “El efecto del libro de Madero —dice— fue contradictorio: muy débil en la clase política de México, que no lo comenta, muy grande entre mucha gente hasta entonces ‘fuera de la política’”.⁶⁴ El mencionado autor formula también un reclamo en estos términos:

Los dos tipos de reacciones —el silencio y el entusiasmo— merecerían una explicación, pues, aun entre los historiadores, el libro de Madero provoca comentarios poco positivos. Se le reconoce el valor y la sinceridad, pero se le considera mal escrito o inconsistente en la forma y

⁶¹ Citado por F. X. Guerra, *op. cit.*, v. II, p. 129. La información la toma Guerra de Héctor Aguilar Camín, *La frontera nómada: Sonora y la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI, 1977, p. 35.

⁶² F. X. Guerra, *op. cit.*, v. II, p. 129.

⁶³ R. García Granados, *op. cit.*, v. II, p. 68.

⁶⁴ F. X. Guerra, *op. cit.*, v. II, p. 129.

mediocre en el fondo, falto de sagacidad y de profundidad... Una lectura atenta del libro contradice, sin embargo, absolutamente esa clase de apreciaciones.⁶⁵

Uno de los aciertos que Guerra atribuye al discurso de Madero es el de la apelación a un conjunto de ideas socialmente consagradas y que, por ende, no eran en modo alguno extrañas a la mentalidad colectiva: libertad, heroicidad, magnanimidad, amor a la patria y otras muchas afines a éstas. “El éxito del libro de Madero —asevera dicho autor—, el éxito del mismo Madero, no es comprensible fuera de este contexto cultural.”⁶⁶ Dice también Guerra que, si esas referencias abundan en el discurso de Madero, éste acertó también al hacer un novedoso deslinde de las posturas políticas de su tiempo: no habló ya de la tradicional división entre liberales y conservadores, sino de otra que contenía una propuesta de realineamientos políticos: partidarios de la continuidad del régimen y partidarios de la confrontación democrática.⁶⁷

Otro de los autores que han examinado esta cuestión, Arnaldo Córdova, ve en el liberalismo de Madero no una simple y anacrónica recuperación de tradiciones ideológicas sino una original transformación de éstas en función de las exigencias de la modernidad. Señala Córdova:

su percepción [la de Madero] de los problemas nacionales no es en modo alguno utópica o irreal; desde luego, predominan en él más los sentimientos que la inteligencia, pero no se puede negar que Madero fue en sus tiempos el mexicano que mejor comprendió el espíritu de la modernidad y que sus intuiciones del futuro no tenían par en todo el pensamiento de su época.⁶⁸

Hacia el último deslinde

Para darle sentido a la glosa del discurso de Madero que hicimos en los primeros apartados de este trabajo, no dejaremos de hacer, ya por último, algunos señalamientos que nos parecen pertinentes.

⁶⁵ *Idem.*

⁶⁶ *Ibid.*, v I, p. 432.

⁶⁷ *Vid. ibid.*, v. II, p. 134-135.

⁶⁸ Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución Mexicana. Formación del nuevo régimen*, México, Era, 1973, p. 112-113.

Con todos sus defectos formales, *La sucesión presidencial...* es el vehículo de un discurso de radical descalificación del régimen imperante en el México de la época. El corolario de dicho discurso bien podría quedar resumido en estas palabras: nada de lo que hace o pueda hacer la dictadura puede tenerse como positivo; la obra del régimen no se salva en modo alguno porque está originaria e irremediablemente pervertida.⁶⁹ Hemos dicho que, para Madero, el único acto positivo que puede hacer el dictador es el de dejar el poder o, por lo menos, no impedir la competencia democrática, para que sea por esa vía, y no por la pura muerte física del caudillo, como se resuelva el problema del futuro político del país.

Por virtud de su propia lógica, este discurso se cierra a la posibilidad de la transigencia con el poder establecido y deviene así, a la vez, exigente y perentorio. Su contenido manifiesto tiende a persuadir de que, para salvar a la nación, es absolutamente necesaria la democracia. Sus destinatarios son los ciudadanos que estén dispuestos a poner todo su esfuerzo para evitar el desastre, independientemente de la posición que ocupen en el cuerpo social. Pero el caso es que, en ese trance, una voluntad personal tenía que ser decisiva: la del propio presidente Díaz, que era el único que podía intervenir para hacer que se respetara la ley y se llevara a efecto una genuina lucha electoral.

La democracia era, pues, inaplazable, pero su establecimiento por la vía pacífica y legal dependía de la actitud que asumiera el dictador. A él apeló Madero en su libro, así como lo hizo luego epistolarmente, según arriba dijimos, y como lo haría en 1910, ya en plena campaña presidencial, cuando, por iniciativa del gobernador de Veracruz, Teodoro Dehesa, tuvo la oportunidad de tener una entrevista de pretendida avenencia con el presidente Díaz.⁷⁰ Mover esa voluntad era una expectativa en la que Madero cifraba, quizá, su más sentida esperanza de que la lucha electoral fuera intensa, sí, pero incruenta. Daniel Cosío Villegas hace un apuntamiento plausible, creemos, cuando escribe que él se “atrevería a decir...

⁶⁹ Madero mismo reconocía que éste era el punto al que concurrían todas sus referencias y argumentos: “con los cargos que le hago a la actual administración me parece muy suficiente para desarrollar mi idea, que consiste en culpar de todos nuestros males al actual régimen de poder absoluto implantado por el general Díaz”. *Carta de Francisco I. Madero a Evaristo Madero*: San Pedro, Coahuila, 7 enero 1909, en *Archivo...*, v. II, p. 286.

⁷⁰ R. García Granados, *op. cit.*, v. II, p. 70-71.

que de un modo particular Madero esperó que su lector principal, el más atento de todos, fuera el propio Porfirio Díaz'.⁷¹ En consonancia con esta presunción podemos pensar que fue más con el ánimo de convencer al viejo caudillo que de recriminarlo que, en *La sucesión presidencial...*, Madero recordaba que en el revolucionario Plan de la Noria, suscrito en 1871, el mismo Díaz había sentenciado: "Que ningún ciudadano se imponga y perpetúe en el poder, y ésta será la última revolución".⁷²

Es claro que, como lo dijimos en un principio, Madero escribió su libro en la convicción de que sus planteamientos eran congruentes con la experiencia y la razón históricas y de que, por el bien de la nación, era necesario manifestarlos y hacerlos prevalecer. Conoció que el suyo era un plan opositor, no revolucionario; pero el caso es que, por su radicalidad y por su intransigencia con la dictadura, su discurso ofrecía una plataforma ideológica para una lucha frontal contra el régimen. En la medida en que el régimen se endureció y utilizó todos sus recursos para desbaratar los movimientos opositores, ese discurso cobró una vigencia cada vez mayor.

La figura aparentemente menor de Madero creció políticamente cuando se derrumbó la del general Bernardo Reyes. Éste, como sabemos, contó con bien identificados simpatizantes en el partido que empezó a organizarse en diciembre de 1908 y recibió el apelativo de Democrático —partido que no ha de confundirse con aquel cuya creación propugnaba Madero en su libro y que ostentaría el nombre más definitorio de Partido Antirreeleccionista—. ⁷³ Esa organización afín al reyismo, el Partido Democrático, entró en crisis muy pronto, sobre todo luego que Manuel Calero, uno de sus promotores y del que se sospechaba que estaba en entendimiento con el presidente Díaz, abandonó la militancia por haber sido nombrado subsecretario de Fomento. La candidatura de Reyes fue apoyada luego por

⁷¹ D. Cosío Villegas, *op. cit.*, v II, p. 881.

⁷² F. I. Madero, *La sucesión presidencial...*, p. 98; el texto completo del plan es transcrito en las p. 90-98. Cosío Villegas señala que el libro de Madero "contiene una buena dosis de veneno político", pues, en un momento en que parecía estar en puerta una nueva reelección de Díaz —y otra del vicepresidente Ramón Corral— resultaba verdaderamente temerario reproducir, como lo hizo Madero en su libro, los planes antirreeleccionistas de La Noria y Tuxtepec, con base en los cuales había llegado Díaz al poder. *Cfr.* D. Cosío Villegas, *op. cit.*, v II, p. 876-877.

⁷³ El Comité Organizador del Partido Antirreeleccionista quedó constituido en mayo de 1909. El programa adoptado por dicha organización política "repetía las tesis esenciales de Madero". F. X. Guerra, *op. cit.*, v II, p. 140-141.

los clubes llamados “Soberanía Popular”, hasta que el general, gobernador entonces de Nuevo León, claudicó por las presiones de Díaz y la enconada enemistad de los “científicos”, declinó su candidatura y partió hacia Europa en “misión oficial”. Madero, en cambio, candidato presidencial designado por el movimiento antirreeleccionista, se mostró decidido a llegar hasta donde fuera necesario.⁷⁴

Con la extinción de la opción política del reyismo, el campo de la lucha electoral en México quedó polarizado entre reeleccionistas y antirreeleccionistas. Entre las cabezas visibles de ambas tendencias, sin embargo, parecía seguir habiendo una gran desproporción: una, la de Díaz, estaba engrandecida por el prestigio y el poder; la otra, la de Madero, apenas empezaba a superar el anonimato.

Pero Madero estaba evidentemente convencido de que el interés nacional era contrario a la dictadura y de que quien actuara conforme a ese interés estaba obligado a no cejar en la lucha, cualesquiera que fueran las circunstancias en que ésta tuviera que darse.⁷⁵ En esa coyuntura, Madero no podía ser congruente con lo que decía representar si no lo era también con el contenido latente de su discurso, el que se cerraba a toda forma de transigencia con el régimen establecido. A este respecto dice François-Xavier Guerra:

Si hasta entonces el Partido Democrático y el movimiento reyista se habían propuesto, remedando al “pueblo”, atraerse a Díaz, el verdadero soberano, ahora, para Madero, aunque el objetivo continúa siendo el

⁷⁴ La designación de Madero como candidato presidencial del Partido Antirreeleccionista se efectuó en abril de 1910; su compañero de fórmula fue Francisco Vázquez Gómez. Ricardo García Granados escribió lo siguiente respecto de la designación: “No dejó de sorprender al público la elección que hizo la Convención [del Partido Antirreeleccionista] en la persona de Madero, como candidato a la presidencia de la República, pero esto, que parecía una aberración, se explicaba, aunque de una manera no muy satisfactoria, por el hecho lamentable de que no había sido posible encontrar entre las personas de importancia política o social, a una que se hubiera atrevido a aceptar la peligrosa candidatura. El señor Madero, a su vez, estaba perfectamente resuelto a afrontar todos los peligros y todas las consecuencias, pero hay que tener presente que los peligros que corría no eran tan grandes como para otros, puesto que don Porfirio no lo consideraba como un rival serio y le permitía lo que no hubiera soportado de parte de una persona importante”. *Op. cit.*, v. II, p. 70.

⁷⁵ En 1909, antes de que el Partido Antirreeleccionista designara a su candidato presidencial, el periodista Juan Sánchez Azcona le había dicho a Madero en una carta que le envió: “Si la oposición que existe a la próxima reelección del general Díaz no se manifiesta es por el pánico que se ha apoderado de todos los ánimos”. Al responderle, Madero escribió: “El porfirismo es actualmente la más eficiente cohesión nacional con que contamos. Unos proceden por adhesión y otros por temor: el resultado es el mismo. Con razón o sin ella, la gran mayoría de la nación espera y desea la próxima reelección de Díaz”. Citados por R. García Granados, *op. cit.*, v. II, p. 60.

mismo —influir sobre Díaz—, el soberano es ya, realmente, el “pueblo”. Se trata, por tanto, de obtener tan sólo una transacción entre “la voluntad nacional” y el detentador del poder con el fin de evitar una guerra civil. La fuerza y la debilidad de la argumentación maderista aparecen aquí claramente. Fuerza, pues la “voluntad del pueblo” está tomada totalmente en serio; debilidad, pues la revolución que [Madero] quería a toda costa evitar estaba necesariamente incluida en el proyecto si el detentador del poder rehusaba obedecer la “voluntad nacional”.⁷⁶

Madero acudió a la concertada entrevista con Díaz —a la que ya antes nos hemos referido— con la esperanza de convencer al caudillo de que aún estaba a tiempo de rectificar su política antidemocrática. El intento fue inútil; Díaz desestimaba tanto a su interlocutor que, según trascendió, luego que concluyó la entrevista hizo el comentario de que su contendiente político era una nueva edición de don Nicolás Zúñiga y Miranda, aquel excéntrico abogado que en varias ocasiones había figurado como candidato opositor a la presidencia de la República.⁷⁷

Para los que manejaban la política del régimen, Madero resultaba un opositor irrisorio, aunque en algunas partes del país sus seguidores empezaban a constituir una presencia incómoda. Y del mismo modo que al candidato se juzgaba al movimiento que él estaba encabezando. Es significativo a este respecto que en un libro que un asociado menor de los “científicos”, Esteban Maqueo Castellanos, publicó a principios de 1910, libro en el que nuevamente se desgranaban desmesurados elogios para el caudillo y se hacía la apología del sistema político, no se encuentre ni una sola referencia al movimiento antirreeleccionista y, en cambio, se argumente prolijamente contra algunos planteamientos democratizantes que, desde una posición oficialista, había hecho dos años antes Manuel Calero.⁷⁸ El engrheimiento de todos aquellos que detentaban el poder, con Díaz a la cabeza como patriarca nacional y como símbolo del régimen, era el síntoma claro de que la dictadura había perdido finalmente su capacidad de manejar políticamente a la nación.

⁷⁶ *Ibid.*, v. II, p. 185.

⁷⁷ El dato lo proporciona R. García Granados, *op. cit.*, v. II, p. 61. Sobre la candidatura de Zúñiga y Miranda, *vid. ibid.*, v. I, p. 368-369.

⁷⁸ *Vid.* Ignacio del Río, “Manuel Calero y Esteban Maqueo Castellanos: dos opiniones sobre la solución histórica del porfirismo”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, v. 10, 1986, p. 137-154.

Así las cosas, las elecciones realizadas en el mes de julio de 1910 tuvieron los resultados que eran de esperarse. De conformidad con las cifras oficiales, Porfirio Díaz obtuvo 18 625 votos y Madero 196. Ramón Corral, candidato oficial, ganó la vicepresidencia con un total de 17 177 votos —sus opositores fueron Teodoro Dehesa y el antirreeleccionista Francisco Vázquez Gómez—. En cuanto a la elección de diputados y senadores, los candidatos del grupo de los “científicos” arrasaron y obtuvieron todas las posiciones en disputa. Al dar los resultados de la elección, el periódico *El País* hacía el comentario de que, una vez más, el “partido científico” había hecho gala de su exclusivismo y de su incapacidad de aceptar la menor transacción; el comentario concluía con estas palabras: “nada más y carro completo”.⁷⁹

De esas elecciones, el aparato de la dictadura pareció salir reafirmado. Los mecanismos de control sobre los electores —el sistema de elección era, como se sabe, indirecto— probaron nuevamente su eficacia. Lo que, en cambio, no resultaba entonces perceptible era lo que el régimen había perdido en la coyuntura política de los años 1908-1910. Cualquiera que haya sido esa posible pérdida —en credibilidad, en predominio ideológico, en capacidad de control social, por ejemplo—, de ella sacarían ventaja las fuerzas sociales y políticas emergentes. En el Plan de San Luis, expedido tres meses después de que se hicieron públicos los resultados de las elecciones, Madero llamó a la insurrección general. El eco que encontrara ese llamado daría la medida de lo que en realidad había perdido irremediablemente el régimen encabezado por Porfirio Díaz.

Difícil es en todo caso probar que un determinado pronunciamiento ideológico obra como resorte de acciones políticas o sociales dadas, y en verdad que no hemos querido nosotros caer en el simplismo de reconocer el discurso de Madero como factor eficiente de los acontecimientos violentos que se desencadenaron en el país a partir del mes de noviembre de 1910. Pensamos, sin embargo, que no se puede negar que los planteamientos ideológico-políticos que se hacen en *La sucesión presidencial...* pasaron a ser, en la coyuntura mexicana de 1908-1910, algo más que un discurso de factura individual construido a partir de la idea de que la libertad

⁷⁹ R. García Granados, *op. cit.*, v II, p. 77.

esencial del hombre es la libertad política. Si de algún modo esos planteamientos resultaron entonces políticamente trascendentes, hasta el punto de contribuir a dar un nuevo aliento y cauce a los movimientos de oposición a la dictadura, no fue tan sólo porque reivindicaran ellos precisamente lo que el régimen negaba a sus opositores, sino también porque su vigencia fue favorecida por las circunstancias históricas del momento, circunstancias que habrían de cambiar en muchos sentidos luego que se puso en marcha la revolución maderista.